

## AGENDA CIUDADANA

### EL OTRO MEXICO PROFUNDO

Lorenzo Meyer

La Negra Profundidad del México de Arriba.- En 1988 Guillermo Bonfil Batalla publicó *México profundo. Una civilización negada*. Bonfil, en tanto etnólogo, deseaba subrayar que el México de origen prehispánico, con raíces milenarias, seguía vivo y viable, pero lo ocultaba y lo obstaculizaba otro México: el de la superficie, minoritario, criollo, de mucha apariencia y poca profundidad. Ahora bien, el México superficial –imaginario, le llamó el autor--, era el de la minoría dirigente, también puede examinarse en sus diferentes niveles a fin de su buscar su profundidad. En efecto, hay una parte de la vida de las minorías dirigentes que no puede ser percibida con facilidad por las mayorías, demasiado ocupadas por sobrevivir y alejadas de la información y la subcultura que rige en la oscuridad de las catacumbas del mundo de los poderosos. Sin embargo, quien se interese por las profundidades del México criollo o imaginario, encontrará mucho material en el último y peculiar libro de Héctor Aguilar -- que su autor definió como “novela sin ficción”-- y que se titula: *La tragedia de Colosio [según el testimonio de sus propios actores, tal y como puede hallarse en los ordenados infiernos de la fiscalía especial del magnicidio]*, (Alfaguara, 2004). Los interesados por entender la naturaleza de la dura, brutal y despiadada cultura del poder autoritario, encontrarán en esta obra una auténtica mina con numerosas vetas a ser explotadas.

Las Minas y en Minero.- La mina original la encontró Aguilar en un sitio que, en apariencia, podía ser tomado como la quintaesencia de la ociosidad y el tedio de la acción burocrática, es decir, en el millón y medio de palabras contenidas en los 174 tomos formados con los 1,993 testimonios tomados por los cuatro subprocuradores especiales

encargados de averiguar que fue lo que en realidad sucedió, cómo y porque sucedió, cuando el candidato presidencial del PRI, Luis Donald Colosio, fue asesinado en Lomas Taurinas, en Tijuana, Baja California, el 23 de marzo de 1994.

La labor de Aguilar –el merito— fue su decisión de sumergirse en ese mundo de las transcripciones y los datos para luego darle una estructura narrativa a las declaraciones de algunos de los testigos a fin de que nosotros, los lectores, las podamos enfrentar como un drama. El trabajo de quien elaboró *La tragedia de Colosio* no fue sólo el de aventurarse por las galerías interminables de la parla legal, sino hacerlo guiado por su habilidad de narrador, de novelista, para luego separar lo esencial –el mineral valioso— de la piritita y la escoria y darnos en 324 páginas esta “novela sin ficción” que es, en lo fundamental, un retrato bien logrado del corazón del México del PRI en 1994, es decir, en su etapa de decadencia.

La descomposición del autoritarismo fue resultado tanto del desgaste del monopolio político –para entonces ya llevaba 65 años en el ejercicio del poder— como del fracaso de sus políticas sociales y económicas, resultado de la combinación de corrupción institucionalizada con la inviabilidad del modelo económico y el avance de la demanda democrática a nivel mundial.

Lo Importante.- El lector de *La tragedia de Colosio* no espere de su labor el sacar en claro quien realmente fue el autor intelectual del asesinato del candidato del PRI justamente en el momento en que parecía empezar a armar los arreglos internos para por fin echar a andar una campaña que, pese a disponer de todo el aparato de Estado, simplemente no despegaba. Sin embargo, por importante que sea en principio resolver esa incógnita, en la selección de Héctor Aguilar esta cuestión resulta un elemento secundario, casi anecdótico, frente a lo esencial: la naturaleza de las contradicciones y luchas internas

en un sistema político –el mexicano de la época de Carlos Salinas– que no le pide nada en complejidad y perversidad –el término lo uso el propio Colosio, que sabía bien de que hablaba– a aquel que se dio, por ejemplo, en la Italia del Renacimiento y que inspiró a Maquiavelo a sistematizar la naturaleza de las relaciones de poder en un medio donde la honestidad, la integridad, el respeto por el otro, resultaban ser no virtudes sino defectos.

La Gran Veta.- El filón más importante de esta “novela sin ficción” es quizá, el que presenta el presidencialismo. En efecto, en esta investigación de los fiscales especiales, encontramos a un Carlos Salinas que jugó a fondo y sin contemplaciones, con las ambiciones, debilidades y contradicciones de sus colaboradores. Es Salinas quien, paso a paso, lleva a los personajes de la tragedia a que se “hagan bolas” hasta llegar al punto en el que él y sólo él sea el único que pareciera poseer la clave de cómo caminar y utilizar el gran enredo tejido en torno a los dos polos en torno a los cuales se fueron colocando los miembros de la élite política: Luis Donald Colosio y Manuel Camacho Solís.

La insurrección iniciada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) el 1° de enero de 1994, aparece en esta obra menos, mucho menos, como el resultado de un viejo reclamo llevado al límite por una parte del “México profundo” contra la injusticia histórica, y más como el elemento que le sirve al presidente para introducir nuevos elementos en el viejo libreto priísta del “destape” y de la campaña de una elección donde el resultado está más o menos predeterminado. En efecto, la existencia del EZLN y la tragedia indígena de Chiapas, son elementos que permiten al señor de “Los Pinos” darle un sorpresivo papel protagónico a Manuel Camacho, personaje que desde el inicio de ese sexenio se había perfilado como un serio aspirante presidencial pero que, aparentemente, acababa de perder su oportunidad histórica frente a un personaje menos complejo, más

dúctil y más del gusto de la mayoría de los cuadros tradicionales del sistema: Luis Donaldo Colosio.

De los testimonios de personajes del primer círculo presidencial como Patrocinio González Garrido, Ernesto Zedillo o José Córdoba, y sobre todo de los cercanos a Colosio, como Cesáreo Morales, Federico Arreola o Alfonso Durazo, queda claro el desconcierto, la duda, la molestia, el enojo y la mezcla de impotencia con rabia apenas contenida por la decisión de Salinas de rescatar a Camacho de una secretaria marginal —la de Relaciones Exteriores— para devolverlo al centro de la atención pública al nombrarlo Comisionado para la Paz en Chiapas. Pero no sólo eso, sino que al darle el carácter al Comisionado el de honorario, sin ligarlo al cargo por la vía de un sueldo o algo similar, Salinas abrió la inesperada probabilidad de que el ex miembro de su gabinete tuviera la posibilidad, llegado el caso, de postularse como candidato presidencial, ya fuese mediante la renuncia de Colosio como abanderado del PRI o como candidato de algún otro partido.

Los testimonios de quienes pertenecían al grupo que ya prefiguraba el gabinete de Colosio contrastan con los de Salinas —siempre dueño de un lenguaje alambicado y que busca dejar en claro que el personaje está absolutamente por encima de las disputas y pequeñeces de quienes fueron sus colaboradores— y de Camacho, que insisten en no ver ninguna contradicción entre lo que finalmente nunca lograron: firmar la paz en Chiapas, y las necesidades de la campaña del candidato oficial. Al final, tanto colosistas como camachistas confluyen en un mismo punto: el de su resentimiento hacia el “fiel de la balanza”, el personaje que jugaba con sus debilidades, incertidumbres y desconciertos. En marzo de 1994 el círculo interior del poder estaba perfectamente dividido y consciente de que cualquiera de los grupos en pugna dependía para todo del gran titiritero, del “señor presidente”. Quiérase o no, la estructura de esta obra en realidad sitúa a Carlos Salinas de

Gortari como la auténtica variable independiente del sistema, y a nadie más. Todos podían exponer frente al presidente sus argumentos e incluso tratar de negociar con él, pero ninguno podía darse el lujo de ignorarlo ni, menos, de antagonizarlo. El PRI, supuesto gran partido que encuadraba a las mayorías, y su candidato, simplemente resultaron demasiado débiles como para dejar de ser dependientes de principio a fin de una presidencia de la que desconfiaban tanto como la necesitaban. Y Manuel Camacho, como lo hiciera en 1910 el general Bernardo Reyes frente a la voluntad de Porfirio Díaz, tampoco logró superar su dependencia de un Salinas que ya lo había agraviado al decidirse por Colosio y no a él, como sucesor. Camacho fue usado en la emergencia de Chiapas para, al final, ser obligado a negociar con Colosio para terminar, el 22 de marzo, por hacer explícita su renuncia a cualquier aspiración presidencial. Luego, tras el asesinato de Colosio, Camacho fue nuevamente humillado al ser convertido en blanco de ataques públicos de supuestas masas colosistas.

Para Héctor Aguilar el personaje central de la *Tragedia de Colosio* es justamente alguien que estaba enteramente fuera del círculo del poder, un auténtico producto del “México profundo”: Mario Aburto Martínez, el joven trabajador michoacano asesino del candidato del aún partido de Estado.

Otras Vetas.- Es notable la importancia que el círculo del poder acostumbra dar a sus piezas oratorias; se trata de una importancia tan desmedida como absurda. Una parte del capítulo quinto se centra en el discurso de Colosio del 6 de marzo de 1994. Se trató, según los declarantes –en particular Ernesto Zedillo— de un discurso de extrema importancia y muy bien pensado. En el viejo sistema –y quizá en el nuevo también--, el ciudadano normal no presta atención a eso que los círculos del poder consideran sus “grandes discursos”. Para el mexicano normal, la oratoria de los candidatos es “ruido” y

nada más. Sin embargo, para los profesionales de la política, esos documentos son piezas clave porque saben, o creen saber, como descifrar el oscuro mensaje interno, más o menos como era el caso en la antigua Unión Soviética.

Como practicantes locales de la ciencia de la “kremlinología” mexicana, algunos de los declarantes ante los fiscal especiales dijeron encontrar en el discurso que Colosio pronunció el 6 de marzo –documento en cuya manufactura entraron, además del propio Colosio, expertos de la Fundación Nauman de Alemania o el Grupo Ferrer de publicidad que intelectuales como Enrique Krause, Ricardo Garibay o Jorge Hernández Campos— un elemento para señalar que el candidato del PRI estaba ya decidido a romper con Salinas. El elemento en que se basa la afirmación anterior es una velada crítica del candidato a ciertos aspectos del presidencialismo, pero eso resultó suficiente para que los colosistas especulasen sobre una hipotética declaración de independencia de Colosio frente a Salinas, que en poco tiempo hubiera permitido dejar como historia al salinismo para abrir paso a algo muy diferente: el colosismo. Se trata de pura especulación, pues lo objetivo es un Colosio que en una cena el 8 de marzo, le dice a Raúl Salinas textualmente: “Yo amo al presidente Salinas” (p. 112).

En suma, queda claro que el conflicto interno por la sucesión de Salinas siempre fue una lucha descarnada por el poder entre grupos, y nunca un choque entre proyectos distintos de país, entre verdaderas alternativas históricas, como lo pretendieron las declaraciones hechas por algunos de los más altos miembros de la elite del poder ante cuatro fiscales que trataron sin éxito de disipar la sospecha que la muerte de Colosio no fue obra de un desequilibrado sino un asesinato de Estado.

El supuesto autor del crimen de “Lomas Taurinas”, Mario Aburto, tiene menos espacio en esta obra, pero el autor no deja ir al lector sin antes llevarle, aunque sea

**brevemente, por el México profundo del que proviene. Y lo que resalta, como ya lo señalara Bonfil, es la enorme distancia, el abismo que separa a los dos México, el México mayoritario del de sus supuestos líderes. Lo asombroso es que el choque entre ellos no sea más abierto; lo casi milagroso es que ambos universos mal convivan, que el caos se mantenga a raya y que, finalmente, “Lomas Taurinas” sea la excepción y no la regla.**